



HISPANIA

Número suelto, DOS REALES

SUMARIO

Texto: San José, por el Rev. P. Federico G. Faber. — Don José y el señor Pepe, por J. Morató. — El Jueves Santo, por B. Grases y Hernández. — La Pasión, por el Rev. P. Federico G. Faber. — El Castillo de Burgos, por E. de Oliver Copons. — Por esos teatros, por Un espectador.

Grabados: Portada. San José, de Murillo. — Jesús devolviendo la vista á un ciego, de El Greco. — Ecce Homo, de Guido Reni. — El Cristo de Velázquez. — El Calvario, alto relieve de Felipe Vigarni. — Descendimiento de la Cruz, de Pedro Pablo Rubens. — El Castillo de Burgos, ilustraciones de Cortés y Pedrero.



EL GRECO

JESÚS DEVOLVIENDO LA VISTA Á UN CIEGO (MUSEO DE DRESDE)



SAN JOSÉ

HAY flores que despiden sus aromas en la sombra y cuya fragancia se hace más suave á medida que el sol se remonta á los cielos : hállanse ocultas entre el fresco césped y á la sombra de gigantes árboles; y no obstante, cuando el cálido viento del mediodía ha entibiado la frescura del bosque, exhalan suavemente su agradable incienso, dilatándolo por toda la atmósfera al través de la enramada. Su perfume da un tinte de poesía al espectáculo rústico, y más tarde traerá su imagen á nuestra memoria. Tal es la suave fragancia de San José en la Iglesia, que se difunde en torno nuestro, sin que de ello nos apercibamos, creciendo incesantemente. Extiéndese particularmente en las sombras de Nazaret, de Belén y Egipto, pero no llega hasta las estériles y peladas alturas del Calvario. San José es el odorífero césped que crece á la sombra de todos los misterios de la santa Infancia, y cuando meditamos en estos misterios, obligamos á sus flores á que exhalen su aroma, y por más que nos parezca percibirlo poco (por atraer dulcemente nuestras miradas la hermosura de la Madre y del Hijo), no obstante, nos faltaría alguna cosa y nos detendríamos maravillados si llegase á desaparecer este perfume. ¿Quién puede dudar que José, á quien tanto amó Nuestro Señor, elegido por Él para padre putativo, estuvo también en su mente en el seno de María? De todas las santidades de la Iglesia, la de José es la más profunda y más difícil de ver distintamente; comprendemos cuan inmensa debió ser. El honor de Jesús, el cargo que San José debía desempeñar respecto de Él y de su Madre, todo nos hace suponer que recibió una efusión de gracias extraordinarias; y por otra parte, los rayos de lumbre que atraviesan, por decirlo así, algunos intersticios del Evangelio, nos descubren una vida enteramente divina y al mismo tiempo profundamente oculta. En ocasiones nos parece que vemos renovarse en Él el carácter de alguno de los antiguos patriarcas, particularmente de Abrahán cuando hacía

una vida sencilla y pastoral bajo las tiendas y en las soledades de Mesopotamia; ó bien el contraste nos recuerda también el primitivo José, junto al segundo, en las orillas del Nilo. Después creemos distinguir en el esposo de María los rasgos distintivos de la santidad del Nuevo Testamento, y vacilamos en aceptar la idea, tan verdadera bajo muchos aspectos, de que la santidad del Antiguo Testamento llegó en Él á su más hermoso desarrollo; que de esta manera llegó hasta Jesús, y que ha permanecido en el círculo de la Encarnación para representar en Él á los justos de la antigua ley. En cualquiera hipótesis, Nuestro Señor debe haber circundado de lumbre y amor á San José, y debe haber realizado con solicitud en su alma las obras de gracia más maravillosas y perfectas. Si la magnificencia es compañera inseparable de todas las perfecciones divinas, no hay ninguna que la acompañe de manera más particular, aunque al mismo tiempo más oculta, que el atributo de la justicia; y precisamente procedía de la justicia de Dios la superabundancia de gracias de San José. ¿Quién no conoce, aún entre los hijos de los Hombres, la generosa munificencia del agradecimiento? ¿A qué se parecerá, pues, la gratitud de Dios? La santidad de San José y la perfección de su hermosura interior nos lo demostrarán. Nuestro Señor contrajo, en cierta manera, obligaciones respecto de San José, así como se sometió á su dirección: el alma de éste, tan pura y hermosa, fué el claustro edificado en torno de la inocencia de María; en sus paternales brazos descansaba el Niño, que no tenía otro Padre que el Eterno. ¡Cuánto no se dignó deber Jesús á San José, tanto por si mismo como por María! Se lo pagó en santidad.

* * *

Comparando la elección que hizo Dios de San José con el cargo que debía desempeñar, conseguimos ver la gloria y grandeza del humilde esposo de María, y

contemplar con respeto y admiración la eminencia de esta santidad, que llegó á familiarizarse tanto con Dios. Nos maravilla el ver que la familiaridad debe ser el carácter distintivo de la devoción á tan gran santo. Sin embargo, fácil es para nosotros comprender que esta familiaridad debe ser la gracia especial concedida á aquella devoción, porque José sólo ha sobrepujado á todos los hombres en el espíritu de adoración, porque les excedió á todos en su tierna familiaridad con Dios.

* * *

También San José se acercó á adorar al niño Dios recién nacido; la sombra terrenal del Padre Eterno detiénese amorosamente sobre el Niño. El nacimiento temporal de Jesús es completo, por hallarse de esta manera figurada su natividad sin principio ni fin. Acércase José, el más oculto de todos los santos de Dios, envuelto en las mismas nubes y sombras que rodean al manantial increado de la Divinidad. Su alma es un manantial de innumerables gracias, de gracias más profundas que las que producen virtudes ordinarias: son raíces que no intentan probarse en el invierno de este mundo, sino que aplazan su desarrollo para producir maravillosas flores á la faz de Dios en el venidero. No nos es posible dar un nombre al carácter de su santidad: no podemos compararle con ninguno de los santos de Dios. Así como su oficio fué único, así también fué su gracia enteramente particular, y correspondió á lo que tenía su cargo de especial: fué único también. José fué para María entre los hombres lo que Gabriel fué para ella entre los ángeles, pero estuvo más próximo á ella que Gabriel, porque José era de igual naturaleza que María. También fué para ella después de Belén lo que San Juan después del Calvario, de manera que, probablemente, si nos fuese posible distinguirla, reconoceríamos cierta analogía entre su santidad y la del Discípulo muy amado. Pero su santificación se halla oculta en la oscuridad: es probable que recibiese el don de la justicia original, con San Juan Bautista, aunque no podamos decir si este don le fué concedido antes de su nacimiento como á Juan y Jeremías. Conviene creer también que, por gracia especial, fué preservado del pecado venial. Lo cierto es que fué un vaso de la predilección divina, predestinado eternamente para un cargo particular é incomparablemente sublime, y revestido de las gracias más eminentes destinadas á hacerle digno de este cargo. Porque por muy maravilloso que fuese su oficio respecto de María, el que había ejercido para con Jesús era mucho más superior, á no ser quizá que se diga, lo que es más cierto, que el primero sólo formaba parte del segundo.

Estaba frente á Jesús y ocupaba visiblemente el lu-

gar del Padre Eterno; por eso era amado de manera tan especial por la Persona divina á la que representaba en un cargo tan importante, y también de manera enteramente particular por la segunda y tercera Personas de la Santísima Trinidad, causa de esta representación misteriosa. El alma humana de Jesús debe haberle considerado no sólo con el más tierno amor, sino también con un profundo «respeto» y sumisión inefable. No podemos describir la santidad de José, porque nos falta el término de comparación: no sólo era más elevada que la de los santos, sino de diferente género; pero estaba eminentemente oculta en Dios. Su vida no era de este mundo: el lugar mismo que ocupaba en él sólo era la apariencia de su lugar; fué una aparición en el mundo, aparición del Padre no engendrado y eterno. Su alma estaba, por decirlo así, retirada en si misma: Él era débil y de avanzada edad, bondadoso y clemente, pobre y oscuro, tranquilo y dócil, y no obstante, fortaleza inexpugnable, á cuyo abrigo el honor de María y la vida de Jesús se hallaban á cubierto. Si su vida privada se parecía á la de Dios, lo mismo podía decirse de su tranquilidad. Se hallaba de tal manera templada por la misericordia su justicia, como la de Dios, que casi perdía su carácter de justicia para revestir el exterior de la indulgencia. Su santidad había sido una de las ideas eternas de Dios, una de las que Dios había alimentado con mayor complacencia y conservado más íntimamente. Él comunicaba con Dios durante las horas de su sueño, como si éste sólo hubiese sido el reposo místico de la contemplación. Hoy día aún se mantiene apartado en la Iglesia á la sombra del Antiguo Testamento, como si la ley antigua fuese más bien privilegio del Padre, y por consiguiente, el lugar que mejor le conviene.

José se acerca de nuevo á Jesús para adorarle antes de mandarle: llénase silenciosamente su alma de amor, y gustoso vería quebrantarse y extinguirse su vida en el suelo de la gruta á los pies del Niño, como lo hizo más tarde sobre sus rodillas. Pero aun no era tiempo, y el Niño le santificó de nuevo, revistiéndole de una fuerza llena de calma y de dulzura rebosando fuerza, y elevóle á la más alta esfera de santidad é inefable gracia, para que pudiese representar dignamente á su Dios.

* * *

Por muy benigno y humilde, por puro y amoroso que fuese San José, no nos es posible pensar en Él sin profesarle profundo respeto, á causa de la sombra de identidad con el Padre Eterno que le pertenece y oculta á nuestras miradas, aun cuando lo presenta á nuestra fe.

REV. P. FEDERICO G. FABER



GUIDO RENI

ECCE HOMO

Don José y el señor Pepe

CUENTO DE MARZO

LA rivalidad de D. José, el carpintero, y el Sr. Pepe, su único competidor en el barrio, era ya cosa proverbial. Grandes y chicos la explotaban á su gusto, armando con sus chismes y habladurías cada marimorena, que no parecía sino que los dos rivales no tuviesen en el mundo otra misión que la de desollarse mutuamente, sirviendo con ello de esparcimiento y solaz á los mal intencionados.

Pero lo que más serios disgustos les había proporcionado, era la circunstancia de ser D. José el encargado de guardar la imagen del Santo Patrón de la calle, que era precisamente el suyo. Y como, amen de la imagen, poseía una mujer de perlas, el Sr. Pepe, que jamás había encontrado quien quisiese compartir con él las asperezas y los goces de la vida, se consumía de envidia, aun cuando juraba que el haberse mantenido célibe era debido á unos amores desgraciados que tuvo allá en sus mocedades, cuando, con la muerte de su padre, quedó dueño absoluto de la carpintería con la cual ganaba lo suficiente para no morirse de hambre.

A veces, viendo lo que progresaba en la suya D. José, maldecía la propia suerte y achacaba la de su rival á la protección que recibía directamente del Santo cuya imagen guardaba.

Otro gallo le cantara á él, al Sr. Pepe, si hubiese tenido la fortuna de ser nombrado obrero del Santo.

— Digan lo que quieran — exclamaba: — eso de poder ostentar en el fondo de la tienda una imagen como esa, á la vez que inspira confianza, infunde respeto á los obreros, que no pierden el tiempo, como los míos, inventando chismes y haciendo chirigotas. Un santo nunca deja de ser un santo.

* * *

En cierta ocasión y á vuelta de grandes esfuerzos, logró el Sr. Pepe remover la opinión de los vecinos, y, en una reunión celebrada en el domicilio del alcalde, estuvo don José á pique de ser derrotado, ya que, pasado á votación el asunto, no fué reelegido más que por una exigua minoría. Visto lo cual y considerando en extremo depresiva la no unanimidad del acuerdo, presentó incontinenti la renuncia del cargo.

Pero el Sr. Pepe, á quien fue ofrecido, no tuvo entonces á bien aceptarlo, por la misma razón aducida por su rival.

La rabia que se apoderó de este no es para descrita. Pateaba el suelo nerviosamente y maldecía en voz baja á su contrincante, á quien motejaba de canalla, usurpador, perdido, tahir y otras lindezas por el estilo.

Llegado á su casa, tuvo una patalaya de mil demonios, ocasionando á doña Gertrudis, su mujer, un tremendo disgusto.

— ¡ Eso pide venganza ! — exclamaba.

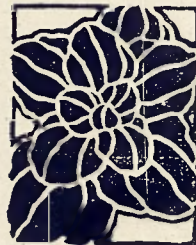
Y todo se le volvía dar vueltas y más vueltas á su enturbado magín, maquinando planes á cual más maquiavélico para aniquilar á su rival.

Pero antes de encontrar uno apropiado, encontróle á él una pulmonía, cogida al salir sofocado de la reunión y recibir de golpe y porrazo el aire frío y húmedo de la noche.

Y entre la pulmonía y el disgusto y una enfermedad crónica que venía sufriendo de algunos años acá, le llevaron á los pocos días camino del cementerio.

Por cierto que el Sr. Pepe, único especialista con que contaba el pueblo en el ramo de construcción de ataúdes, fué el encargado de proporcionar el que debía encerrar los restos mortales de su mortal enemigo.

Y hasta en aquella ocasión quedó demostrada la inquina que D. José sentía por el Sr. Pepe, ya que, al tomar éste la medida del cuerpo del difunto, medía algunos centímetros menos que cuando fué construído el ataúd, lo cual exigió la construcción de otro nuevo, pues fueron inútiles cuantos esfuerzos hicieron todos para colocar en él al muerto.



* * *

Ya enterrado su rival, el Sr. Pepe no pensó en otra cosa que en realizar el sueño dorado de toda su vida.

« El muerto al hoyo y el vivo al bollo ».

Y el bollo era para el Sr. Pepe la imagen que hasta entonces guardara D. José.

De manera que, pasadas algunas semanas para evitar á la viuda el trastorno de ver desaparecer de su casa, detrás del difunto, el Santo tan querido por éste, procuró el señor Pepe convocar nueva reunión de vecinos, en la cual fué puesto de nuevo á votación el asunto, que, por unanimidad, se resolvió favorablemente á sus pretensiones.

Contra lo que esperaba todo el mundo, la viuda, al despedirse de la imagen, no hizo aspavientos, ni sollozó, ni prorrumpió en ahullidos destemplados como los que solía lanzar por la más leve causa en vida de su marido.

Sin embargo, mientras presenciaba la operación de descender el Santo del nicho en que estaba colocado, al fondo del establecimiento, los vecinos la vieron que llora-

ba, acurrucada en un rincón, como si no quisiese hacer á nadie partícipe de sus penas.

Y como el Sr. Pepe fué de los que se apercibieron del caso, sintióse de súbito enternecido y, dirigiéndose á ella, la dijo con voz entrecortada por la emoción:

—Señora, no lllore usted. Me llevo el Santo, pero puede usted pasarse por mi casa siempre que guste y rezarle si quiere sus oraciones.

A lo cual la viuda, enternecida á su vez, replicó estrechándole la mano:

— ¡Gracias, D. Pepe! —

Y desde aquel día, como si la posesión de la imagen le diese derecho al tratamiento que hasta entonces se le había negado, fué el Sr. Pepe fué conocido por D. Pepe, ganando con ello mucho mayor prestigio su personalidad.

Con lo cual creció el número de sus clientes y disminuyó en proporción el de los de la viuda, que regentaba como Dios le daba á entender su establecimiento.

* * *

Todo lo borra la muerte. El Sr. Pepe, ó D. Pepe, que al dejar de existir su rival había casi experimentado un sentimiento de júbilo, llegó á la larga á olvidar toda suerte



de odios y rencores, hasta el punto de acoger con sonrisa benévola y cariñosa á la infortunada D.^a Gertrudis, la cual, aceptando su ofrecimiento, entraba de tarde en cuando á la tienda para contemplar la imagen.

Cierto día llegó la pobre jadeante y descompuesta. Encontrábase en un apurado trance y quería rogar á San

José que la sacara de él.

Y San José escuchó su ruego.

Tratábase de un conflicto originado por las pretensiones de sus dependientes, los cuales, aprovechando la ocasión de tener que entregar el mismo día ciertos trabajos, se negaron á concluirlos si D.^a Gertrudis no accedía á pretensiones y exigencias que no les podía conceder, so pena de echar á perder el negocio.

Enterado del caso D. Pepe y sintiendo sublevada por tamaña injusticia su conciencia de hombre honrado, tuvo un rasgo de magnanimidad.

— No se amedrente V., señora — dijo á la viuda, — que aquí estoy yo para sacarla en bien del apuro.

Y se puso con sus dependientes á la disposición de doña Gertrudis.

La cual, de aquel día en adelante, sintió crecer la amistad que había sabido inspirarle D. Pepe desde que se hallaba en posesión de la bendita imagen. Hasta llegó á considerar al rival de su difunto marido como una especie de aliado con el cual podía contar en trances apurados como el de marras.

Y, naturalmente, con aquel aumento de amistad, menudearon sus visitas á la tienda de D. Pepe, llegando hasta el punto de que la gente sospechase que no obedecían solo á su devoción por el Santo.

Ni á ella ni á D. Pepe les dejaron las malas lenguas hueso sano.

Por eso la pobre señora tomó el partido de renunciar al goce que le proporcionaba la contemplación de la imagen.

* * *

Pero sucedió que, al cesar sus visitas, apoderose de D. Pepe una profunda tristeza. ¡Se había hecho tanto á ellas!...

No sabiendo acostumbrarse á aquel aparente rompimiento de relaciones, empezó á aprovechar los más fútiles pretextos para llegarse al establecimiento de la viuda y echar con ella un parrafito sobre los resultados de la maledicencia.

Y como, sin apercibirse de ello siquiera, fué aumentando de día en día el número de sus visitas, resultó peor el remedio que la enfermedad.

— ¡Si D. José volviese del otro mundo! — decían las comadres.

Y hasta hubo algunas que se creyeron en el deber de retirar su amistad á la viuda.

— Eso no puede seguir así — exclamó por último don Pepe, lleno de justa indignación.

Y fué y emprendió á D.^a Gertrudis en los siguientes términos:

— Señora: ¿le gustaría á usted poseer de nuevo la imagen del Santo?

La viuda respondió afirmativamente.

— Pues se la cedo á V. con una condición.

— ¿Cuál?

— La de que se quede V. con ella... y con el encargado de guardarla.

— ... Lo pensaré.

Y como considerase la viuda que aquel era el único medio capaz de hacer que enmudecieran las lenguas, de devolver á su establecimiento su perdido esplendor y de proporcionarle el cariño que echaba de menos, á los ocho días resolvió el asunto á satisfacción de ambas partes.

Y al año de la muerte de D. José, su antiguo rival le substituía en todos conceptos: en el de guardador del Santo, en el de dueño de la mejor carpintería del pueblo y en el de esposo de D.^a Gertrudis.

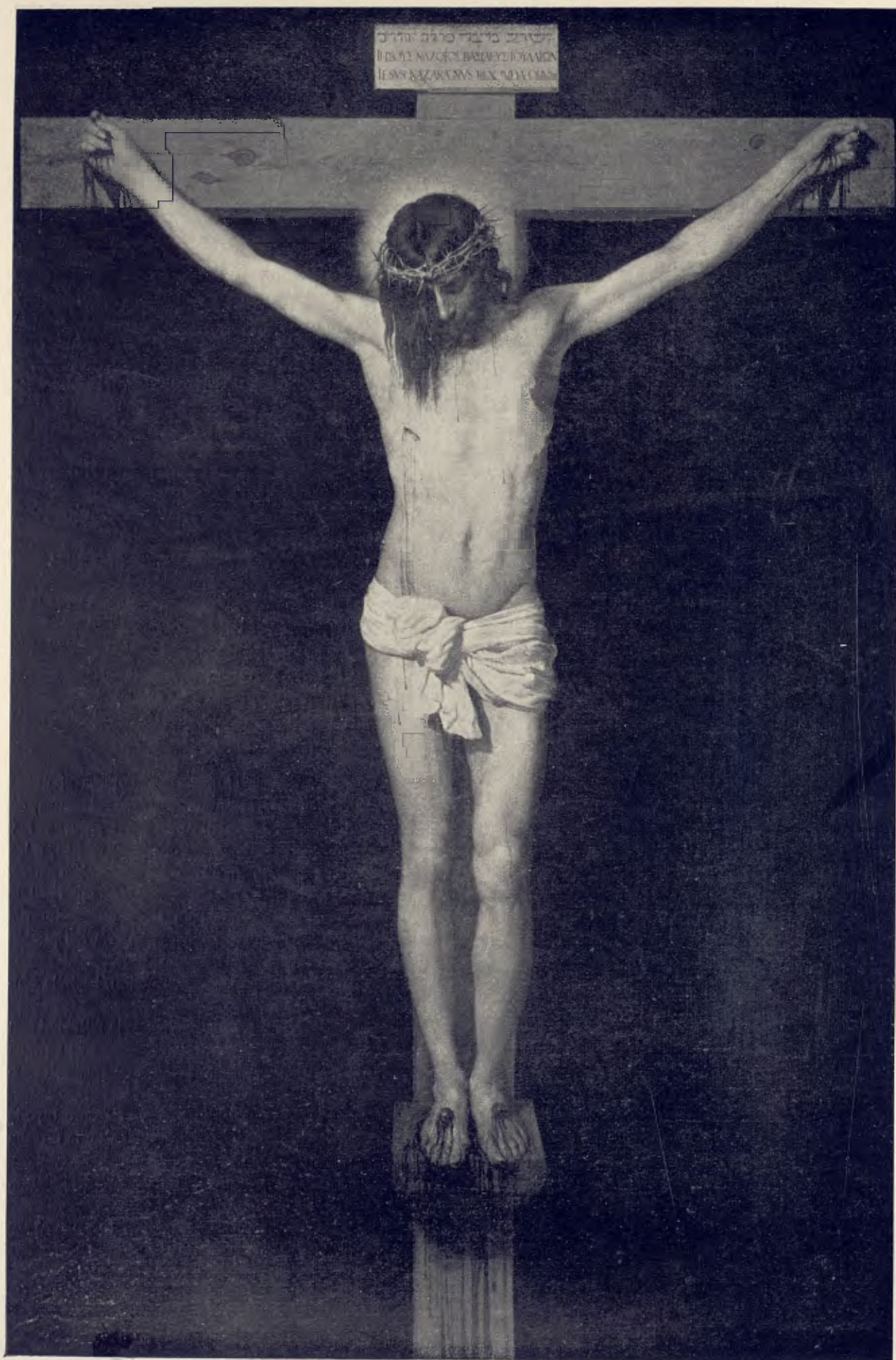
Para hacer más completa esa substitución, hasta la gente la dió en llamarle D. José.

Desde entonces, cuando alguno, viendo la felicidad con que transcurrían para él los años, le recordaba su antigua rivalidad y los disgustos que le proporcionara, solía exclamar:

— Nunca es tarde cuando llega. Y yo siempre tuve la esperanza de que llegaría para mí la época de la fortuna y de que San José haría el milagro.

Y echaba á la imagen una mirada de agradecimiento.

J. MORATÓ



EL CRISTO DE VELAZQUEZ



EL JUEVES SANTO

Mi Dios, Dios de mis padres, mi alegría,
 ¡Ay! ¿qué te ofreceré, dulce amor mío?
 Siempre estaré clamando noche y día
 Cuan grande es el Señor, en quien confío!

Aparici GUIJARRO

La Iglesia latina llama al Jueves santo FERIA quinta *in coena Domini* por conmemorar en este día la obra mas estupenda de nuestra Santa Religión, el admirable y divinisimo milagro del Cenáculo.

La Iglesia griega le denomina por antonomasia *el día de los misterios*.

En este día obró Dios en favor del hombre el más grande prodigio de su poder, de su sabiduría y de su amor infalible.

En este día celebró Cristo con sus apóstoles la última cena legal y en ella instituyó la Eucaristía.

En efecto, Jesús, que *había amado* á los suyos, los amó hasta el fin como dice San Juan y para quedarse con ellos, para unirse con ellos estrechamente, para hacer de los hombres una misma cosa con Dios y transformar la tierra en cielo, tomó un poco de pan, y bendiciéndolo dijo: *Este es mi Cuerpo*; y hechando un poco de vino en misteriosa copa, la bendijo también, pronunciando estas palabras: *Este es el Cáliz de mi Sangre*.

Desde aquel instante, en aquel pan no quedó substancia de pan, pues se convirtió en el Cuerpo de Cristo, ni en aquel Cáliz quedó substancia de vino, pues se convirtió en su Sangre.

Es desde entonces Jesucristo, Dios y hombre verdadero, el que se pone en lugar de la sustancia del pan y del vino.

En Nazareth el Verbo se hace hombre en el seno purísimo de María.

En el misterio eucarístico, el Divino hijo de María, uniéndose á cada cristiano, prolonga, dice S. Agustín, el Misterio de la Encarnación en todos y cada uno de los cristianos.

A la manera que de dos gotas de cera derritidas, si llegan á juntarse, se hace una sola, así de Cristo y del cristiano, que dignamente comulga, se hace una sola cosa, como dice S. Cirilo de Alejandría.

Y una voz del cielo decía á San Agustín, (según él nos refiere en el admirable libro de sus Confesiones) que el Cristiano, al comulgar, no convierte á Cristo en sí, sino que es convertido en Cristo.

La infernal serpiente, para seducir á Eva, la dió á entender que comiendo ella y Adán del fruto del árbol prohibido, *serían como dioses*. Comieron, por desgracia contra la orden de Dios, y cayeron en la degradación y en la miseria.

¡No estaba Dios obligado á dar al hombre lo que le había prometido falsamente el espíritu tentador! pero Dios, por su infinita bondad, no solo ha realizado aquella promesa, sino que la realidad de lo que Dios ha hecho, ha superado á ella.

Esto lo realizó Dios en el Cenáculo al instituir la Sagrada Eucaristía.

Cuando el salmista celebra en sus inspirados cánticos al *Dios de los Dioses*, no solo canta la gloria del único Dios verdadero, que ha triunfado de todos los falsos dioses, sino que anuncia que un día los cristianos, haciéndose como Dioses por la digna participación de la Eucaristía, formaran la corona de ese Dios, que, abatiéndose hasta unirse con el hombre, ensalza á este y le levanta hasta hacerle como Dios. ¡Concepción sublime que solo podía surgir en la mente de un Dios! ¡Prodigio de fuerza y de amor, de que solo Dios era capaz!!!

B. Grases y Hernandez



FELIPE VIGARNI

EL CALVARIO. ALTO RELIEVE DE LA CATEDRAL DE BURGOS

LA PASIÓN

Si hubiésemos estado en Jerusalén el Viernes y el Sábado, donde quiera hubiéramos hallado objetos, ó más bien, la multiplicada presencia de un objeto que habría excitado nuestra veneración. El empedrado de las calles, el uniforme de las legiones romanas, el suelo del cuerpo de guardia, los escalones del Tribunal de Pilatos, la columna de los azotes, la subida del Calvario, el madero de la Cruz, las sandalias y los zapatos de la muchedumbre, las vestiduras, las cuerdas, los instrumentos, los azotes y una multitud de otros objetos, fueron también saturados de la Preciosa Sangre. Y donde quiera los adoraban los ángeles. Si entonces hubiésemos estado nosotros con ellos, dotados de la santa sabiduría que nos da nuestra actual fe, habríamos debido adorarlos también. Pero ¡qué cuadro nos ofrecen del mundo estos recuerdos! ¡De qué manera tan misteriosa tomó lugar el Criador en su creación! ¡Qué conocimiento de Dios podemos tener aquí! ¡Qué idea del pecado! ¡Qué revelación de la magnificencia de nuestra redención! La sangre de Dios, la sangre humana del Sér increado, la sangre que Aquel que no tuvo principio sacó de las venas de una Virgen judía, esta sangre es despreciada, y ella misma, esa Virgen, la Reina ignorada de la Creación, permanece en la misma ciudad, oculta en las profundidades de un dolor inconmensurable. Millones de ángeles se prosternan y adoran en toda la superficie de la tierra, como si en ella, más bien que en las alturas del espacio, se encontrase el cielo, y en hecho de verdad no se engañaban. Y no obstante, los hombres, esa parte especial de la Creación, considerada muy particularmente por la Preciosa Sangre, recorrían las calles, hollaban con su planta las señales rojizas, aquellos adorables objetos, sin cuidarse lo más mínimo de ellos; los ángeles se encontraban bajo sus sandalias, y ellos no lo sabían, y caminaban por entre un laberinto de misterios que por todas partes les rodeaban y cuya súbita revelación les hubiese aterrorado y herido de muerte; y, sin embargo, permanecían en la más indiferente ignorancia. Es difícil que nuestra imaginación pueda formarse una idea de semejante estado de cosas y que se acostumbre á él nuestro ánimo; y no obstante, esto no es otra cosa que la imagen de nuestra conducta diaria respecto de la presencia invisible de Dios entre nosotros. Dios está dentro y fuera de nosotros, sobre nosotros, debajo de nosotros, en rededor de nosotros. Donde quie-

ra que sentemos la planta, aunque fuese para cometer un acto malo, allí se encuentra Dios. Si extendemos la mano, está en ella Dios; encuéntrase en el aire que atraviesa nuestra mano, y si ésta toca alguna cosa, también Dios se encuentra en ella. Está de tres diferentes maneras: por esencia, por presencia y por potencia; y de cada una de estas tres maneras existe más realmente que la dureza en la roca, la humedad en el agua ó la solidez en la tierra. No obstante, nosotros seguimos nuestro camino según nuestros caprichos: cantamos, nos dejamos llevar de la vanidad, cometemos mil locuras, y esto no sólo en el templo consagrado, sino en el seno del Dios vivo. Este misterio se nos puso de manifiesto, por la más prodigiosa de las revelaciones, en la Preciosa Sangre, cuando fué derramada por las calles de Jerusalén...

EL SUDOR DE SANGRE

Veamos ahora qué hacía entre tanto el alma del Salvador. Atraído hacia sí los pecados todos, tan numerosos, tan variados y enormes, de los hombres, y cubrió su hermosísima santidad con esta repugnante vestidura que abrasa como un veneno, parecido á las más ardientes llamas. Así cubierta, tiembla, presa del más terrible de los estremecimientos humanos. Su vida sólo por fuerza milagrosa se conserva, porque nunca hubo sobre la tierra pesadumbre tan mortal, tristeza tan penetrante, sequedad tan completa de las fuentes de la vida, languidez tan cruel, abatimiento tan excesivo como los suyos. Entonces aquella alma poderosa levanta las manos, como si una fuerza mayor que la de Sansón intentase que descendiesen los cielos; atrae sobre sí la terrible tempestad de la Justicia eterna y de la abrumadora venganza de Dios. Y después póstrase aniquilada bajo este inmenso peso, triste vida humana, casi extinguida, que sólo debía el último aliento de vida que le quedaba á la vida divina, á la cual estaba unida. ¡Qué humanidad! ¡Qué divinidad! ¿Quién podrá elevarse á la altura de misterio tan terrible? ¡Oh, Jesús, cuán espantosa se ha vuelto esa soledad, todavía más profunda con la presencia de ese ángel tembloroso que vuestros lamentos han hecho descender de los cielos! El sagrado corazón no puede resistir más; despréndese de él su

vida colorada, como se sale de un lagar el vino que lo contiene, y una en pos de otra, de manera sobrenatural, rezuman lentamente las gotas de sangre por entre los ardientes poros de la divina piel. Detiéndose en su frente, y ruedan después por todo su rostro; enredan su cabellera, cubren sus ojos, y llenan su boca de manera muy distinta de como la llenaba el cáliz de su sangre tres horas antes. La sangre mancha su barba, empapa sus manos, y corre por todos sus miembros como un sudor general; salpica sus vestiduras, enrojece las raíces de los olivos, y cubre el blanco polvo de rojizas manchas. Verdaderamente, si hubo en la tierra algun padecimiento hermoso — ¡y cuan pocos hay en el mundo que no lo hayan sido! — fué aquel, sin duda alguna, que contempló la luna de Pascua aquella noche á la sombra de los olivos de Getsemaní.

EL CAMINO DE LA CRUZ

El camino de la cruz fué otra grande efusión de sangre; este singular misterio de la pasión, en el cual el corazón de María y el del Hijo, hasta entonces exteriormente separados, se unen en una sola corriente y siguen juntos hasta el fin. Las dos víctimas de la flagelación, el cuerpo del Hijo y el alma de la Madre, avanzan por las calles; el Rey y la Reina llevan ambos sus coronas de espinas; el Rey lleva la suya sobre su cabeza, mientras la Reina la lleva sobre su corazón, porque la majestad de María está en su corazón.

LA CORONA DE ESPINAS

El cuarto derramamiento de sangre fué causado por la corona de espinas; lo que desagradaba á sus corazones era la tierna soberanía del Hombre-Dios; no podían soportar que se llamase Rey. Ellos hubieran querido convertir en burla su majestad, pero sentíanla y temíanla siempre. Si no hubiese sido Rey hasta aquel día, no se hubiera hecho entonces, por el carácter verdaderamente Real de la dulzura que había demostrado en medio de las ignominias de la noche anterior y de los ultrajes de aquella madrugada. Sólo hay una figura de Rey que pueda parecer tan verdadera en estado tan desfigurado; pero su dulzura agriaba á sus verdugos y rebajábales en su propio aprecio, y la mansedumbre de su silencio era para ellos una reconvención. Había en sus padecimientos alguna cosa tan adorable, que su vulgar fanfarronada se sentía aplastada. Humillábales su mirada; ¡era tan hermoso! Así, pues, en la ceguedad de su malicia,

hicieron un misterio divino; le coronaron por Rey. Aun cuando el Dios Eterno no debía ser de utilidad alguna á la soldadesca romana, les serviría, por lo menos, para distraer el fastidio de un cuerpo de guardia asirio; los criminales judíos les dan hartos que hacer, y necesitan disfrutar de algunos ratos de solaz. El sol y la lluvia habían caído alternativamente sobre las verdes zarzas que la tierra, sin saberlo, había hecho crecer para su Criador, y habíanse entrelazado éstas sobre el césped, brotando de ellas robustas ramas. Hallábanse erizadas de agudas puntas, que, al principio flexibles, habíanse endurecido al calor de los rayos del sol de otoño, convirtiéndose en largas y duras espinas. Quizá la abeja se había posado sobre su flor para extraer su delicioso jugo; tal vez la mariposa había acudido allí atraída por su aromático perfume, ó el pájaro se había llevado con el pico sus doradas bayas. Pero ¿quien hubiera podido nunca imaginar que hubiesen de ser aún teñidas de la sangre de su



Criador? Los soldados han cubierto sus callosas manos con sus manoplas de cuero, y forjan una corona con aquellas duras y rebeldes espinas. ¡Qué importa si no se ajusta exactamente á la cabeza de su César teatral! Pronto se dá por terminada la tosca obra, entre las burlas, sarcasmos y blasfemias paganas, y después levántanse y se acercan á su Rey. ¡Oh, no de la misma manera que hoy nos acercamos nosotros al Santísimo Sacramento ó que se acercan los ángeles al trono del Eterno! Jesús está sentado en un banco; apenas nos atrevemos á mirarle, tan divino está en su abyección. ¡Como impele el amor á nuestros corazones á adorarle, y les alienta á amarle el respeto de la veneración! ¡Con cuanta paciencia espera, cubierto de sangre, deshonrado, pálido, decaído, y no obstante, tan agraciado, atractivo y hermoso! Acércanse al Eterno exhalando olor á pecado, con indiferencia que rebosa fanfarronería. Llénase silenciosamente el cuerpo de guardia del esplendor de su divinidad; ¿no la ven acaso? No. Sin temor, y con voz altiva é imperiosa, ponen las manos sobre su larga cabellera; si las retuviesen allí sólo por un momento, podrían sentir en su cabeza los latidos de aquella bendita vida. Ellos juran por sus dioses y se entregan á groseras burlas en su lengua romana, como si se encontrasen en presencia de un extranjero; pero al fijarse en el aspecto de aquel judío, advierten que sabe el latín; una nueva distracción. Clavan la corona en su cabeza con brutal violencia, pero no encaja en ella por no ser redonda, y á la fuerza hacen penetrar sus puntas en su piel, y brota sangre negra lentamente y con agudísimos dolores. Los judíos alientan á los romanos en su bárbara tarea, y uno de ellos, entre ardorosos aplausos, coge una pesada caña, y de un golpe hace penetrar la corona en la cabeza del Salvador; penetran agudas espinas por la piel de la frente, y salen sus puntas sobre los ojos; otras atraviesan las orejas; otras penetran por lo largo de los nervios del cuello; otras húndense en el cráneo, y queman como agujijones de fuego. Jesús tiembla de pies á cabeza en insoportable suplicio. Un velo de dolor cubre sus hermosos ojos; vuélvense lividos sus labios con el exceso del tormento; pero el semblante de un niño dormido no es más dulce que el suyo, ni su corazón está más tranquilo, y coronado nos parece hoy más hermoso. ¡Oh Preciosa Sangre! ¡oh amante de la soberanía de Dios! durante mucho tiempo tuviste sed de tu majestad. Pero ¡cuan extrañas, cuan pasmosas ceremonias habías preparado para tu coronación!

LA CRUCIFIXION

Ya han despojado á Jesús de sus vestiduras, y el rubor que le causa este estado ha hecho estremecer su

naturaleza humana sobre toda ponderación. En cuanto á María, esta infamia era en sí misma un tormento, mientras que la vista sin velo del corazón de su Hijo causábale un horror y un tormento que no podrían expresarse con palabras. Los sayones han tendido á Jesús sobre la cruz, lecho más duro que la cuna de Belén donde primero fué colocado, y entrégase en sus manos con tanta humildad como un niño fatigado á quien su madre prepara cariñosamente el lecho. Parece (y realmente era así) que hacía su propia voluntad más bien que la de sus verdugos. Hermoso, aunque desfigurado, venerable en medio de su ignominia, extiéndese el Dios Eterno sobre la cruz, con los ojos dulcemente fijos en el cielo. Nunca le pareció á María más digno de adoración, más evidentemente Dios, que cuando le vió así tendido y acostado, víctima impotente, pero voluntaria, y adoróle con la más profunda veneración. Después extienden los sayones su brazo y mano derecha sobre la cruz, y atraviesan con tosco clavo aquella mano dispensadora de gracias para el mundo, y el primer martillazo resuena sordamente en medio del silencio. El estremecimiento que le causa lo excesivo del dolor extiéndese por todos sus miembros, pero sin alterar la dulce expresión de la mirada. Pronto se suceden unos á otros los golpes que un débil eco repite: la Magdalena y Juan se tapan los oídos, porque para ellos es insoportable aquel ruido; es más doloroso que si los martillazos se descargasen sobre sus corazones. María todo lo oye; el martillo cae sobre la vida de su corazón, porque hace mucho tiempo que el amor ha muerto en ella, y sólo vive en Jesús. Ella dirige sus ojos al cielo; no puede hablar, ¿qué podrían expresar las palabras? Sólo el Padre comprendía la ofrenda de su corazón, tantas veces despedazado; respecto de María, los martillazos descargados sobre los clavos sólo constituyen un acto; cada golpe de martillo causábale un martirio particular, como la mano del músico, que una en pos de otra, oprime las llaves de su instrumento.

Quedó clavada en la cruz la mano derecha, pero la izquierda no llega á su lugar; han medido mal la distancia del agujero que han abierto para que pudiese penetrar el clavo, ó acaso la agonía ha contraído el cuerpo de Jesús. Terrible fué la escena que se siguió, como los santos nos la describen en sus revelaciones. Los verdugos tiraron con todas sus fuerzas del brazo izquierdo pero no lo alargaron bastante; en su vista, apoyan sus rodillas sobre las costillas de Jesús, hácenlas crujir con tan violenta presión, sin romperlas, y dislocando su brazo, consiguen que llegue la mano á su lugar; sólo un ligero suspiro exhaló el pecho de nuestro Salvador, sin que sufriese la menor alteración la dulce expresión de sus ojos. Pero ¿quien podría imaginarse el horror que este espectáculo causaría á

María? ¡Oh! ¡había allí mayor suma de dolor para ella que el sufrido por todos los santos que han sido canonizados! De nuevo empieza el sordo martilleo, que cambia de sonido según se descargan los golpes sobre la carne, los músculos y sobre la dura madera, en la que el clavo se abre cruel paso. Los verdugos tiran también violentamente de las piernas de Jesús; cruzan uno sobre otro sus pies, aquellos pies tan frecuentemente heridos y cansados de caminar en busca de almas, y el clavo penetra lentamente, atravesando la sólida masa de los temblorosos músculos, y haciendo sufrir á Jesús inaudita agonía por la falta de fijeza del pie en esta posición. Inútil sería hablar de la Madre, vano el compadecerla; nuestra compasión no podría de manera alguna compararse con lo extraordinariamente terrible de la agonía de María. Pero Dios sostuvo á su criatura, y continuó viviendo.



Ahora levantan la cruz, y á Jesús tendido sobre ella, sin que desaparezca la dulce expresión de sus ojos. El instrumento del suplicio es llevado cerca de un agujero abierto en el suelo para clavarlo en él, y una vez allí, levántanlo con el auxilio de cuerdas atadas á él y le colocan en una posición perpendicular; en este estado van tirando hasta arrastrar el pie del madero junto al hoyo hasta hundirle en él á plomo y de un violento golpe que descoyunta todos los huesos de la víctima y casi desprende de la cruz su cuerpo con los clavos que le sujetan á ella. Algunos santos dados á la contemplación mencionan también una cuerda atada por la cintura del Redentor para impedir que su cuerpo se desprendiese de la cruz, tan cruelmente apretada, que penetró en sus carnes. De esta manera un horror sobrepuja á otro, minando, como los fuegos subterráneos que hacen temblar la tierra, en las profundidades del dolorido corazón de la santa Madre todas las facultades sobrenaturales del sufrimiento. No comparemos el dolor de María con ningún otro dolor; es cosa enteramente distinta; podemos contemplarla, llorar en su presencia amorosamente con un amor dolorido, pero no nos atrevemos á discurrir sobre su estado. ¡Oh aflijida Madre, bendita sea la Santísima Trinidad por los milagros de gracia que obró en vos en aquella hora terrible!

La tierra tiembla hasta sus cimientos; los seres inanimados estremécense como si tuviesen inteligencia. En los contornos se hunden las rocas, ábrense los precipicios á lo largo de las más lejanas costas del

Mediterráneo, y el velo místico del templo rásase por medio, á causa del sacudimiento de la tierra, como por mano de hombre. Según se lee en una revelación, levantáronse en aquel momento de los ámbitos del templo los tristes y prolongados sonidos de las trompetas que anunciaban la ofrenda del sacrificio del mediodía, y no sospechaban los que las tocaban que aquel día resonaba su eco en el cielo. Todo un mundo impuro debía cubrirse con las vestiduras de la Justicia y hermosura del Hijo de María; los pecadores debían apropiarse sus virtudes, merecer con sus méritos, satisfacer con sus satisfacciones, y apagar la sed á sus anchuras en la fuente de su Preciosa Sangre. Así como Jacob fué bendecido en las vestiduras de Esaú, así también debía ser bendecido todo el género humano en las de su Hermano primogénito.

MUERTE DEL SALVADOR

María no levantaba los ojos; pero sabía que los de Jesús se hallaban fijos en ella. ¿Por qué extraña fuerza los ojos de los moribundos atraen hacia sí las miradas, fijas en otra parte, para que el amor pueda ver los últimos momentos del objeto amado? Los ojos de Jesús fijábanse en el mismo objeto que le atrajo al nacer, cuando se encontró tendido en el suelo sobre un pliegue del vestido de María, mientras ésta oraba de rodillas, y el Niño levantaba sus manecitas sonriendo para que le tomase en sus brazos y le estrechase contra su pecho. De distinta manera habíanse levantado entonces los brazos de Jesús: para convidarnos á subir y echarnos en ellos como hijos cariñosos, para que viésemos cómo son los abrazos del amor de un Salvador. María conoció que Jesús la miraba, y levantó la cabeza para contemplar su rostro; nunca semejantes miradas expresaron tan inefable amor. El Padre sostenía á María en sus brazos, temeroso de que sucumbiese bajo el peso de tanto amor, y el retumbante grito lanzado en la cima de la colina sumergió á María como un rayo, sepultándose en la tierra; y soplando el viento, disipó el manto de tinieblas, el sol sacudió la sombra de la luna, los tejados de la ciudad brillaron con esplendente blancura, y los pajarillos empezaron á cantar, aunque como si estuviesen á medias tranquilos. Y al pie de la Cruz hallábase María, madre sin hijo. Había transcurrido la tercera hora.

REV. P. FEDERICO G. FABER



PEDRO PABLO RUBENS

DESCENDIMIENTO DE LA CRUZ



El Castillo de Burgos

En 1496 vinieron los Reyes Católicos á Burgos, y en el Castillo hubo justas, corridas de toros y otros festejos, repetidos al año siguiente por la boda de su primogénito el príncipe Don Juan de Castilla con la infanta Doña Margarita de Austria, hija de Maximiliano, emperador de Alemania, que se efectuó el 19

de marzo (Domingo de Ramos), velándose el 2 de abril en la real capilla del Castillo, colgada de muchos y ricos paños de raso y terciopelo, en presencia de los principales magnates de la corte y de los regidores de la ciudad, que acudieron vestidos de *rozagantes ropones de terciopelo negro y cetros en las manos, con las cruces de las collaciones*, y seguidos de pajes y músicos con *trompetas, chirimías y sacabuches*.

Por la tarde se desplegó igual boato en el torneo celebrado en honor de la futura reina, que vestía soberbio brial de brocado *chapado con mucho aljofar grueso é perlas é hilo de oro, una muy rica cadena al cuello é un tabardo de carmesí blanco ahorrado en damasco*. Su séquito lo formaban, según viejas crónicas, gran número de damas ataviadas con *finísimas olandas*

y sedas de diversos colores y profusión de bordados al modo recargado de la época, que obligó á publicar leyes suntuarias contra tal lujo y despilfarro; y el del infante Don Juan, que montaba brioso corcel blanco, lo constituían multitud de caballeros con ricos trajes y armaduras.

En la plaza de armas de la fortaleza tuvo lugar el brillantísimo torneo, cuyo triste remate fué la desgracia ocurrida á Don Alonso de Cárdenas, uno de los jóvenes más apuestos y bizarros de la corte que, despedido por el caballo en una de las evoluciones, sucumbió á los cuatro días á consecuencia de la tremenda conmoción. Poco después, el 4 de octubre del mismo año, falleció el heredero del trono castellano, nublando la alegría de su joven esposa y de sus padres, á cuyo duelo se asociaron sinceramente los vasallos que veían desaparecer sus más risueñas esperanzas.

No obstante conservar los reyes el dominio de la fortaleza y habitarla algunas veces, pusieron en ella tenientes de alcaide para que los representaran, concediéndoles algunos derechos y privilegios, pero exigiéndoles el juramento, común para todos los nobles á quienes agraciaban con alguna fortaleza, de ejercer lealmente la tenencia y custodia «en honor y servicio del monarca y sus sucesores,» recibiendo por inventario las armas, vituallas, pertrechos, fornituras y municiones que en ellas hubiera pertenecientes á la Corona.

Todos estos efectos debía tenerlos el castellano en perfecto estado de conservación y lo mismo las construcciones, aun las hechas por su cuenta; de lo con-

trario, se le obligaba á demolerlas, ya que no sabía ó no quería repararlas como exigían las necesidades públicas y la defensa del territorio.

Tenían que residir en aquéllas, ó por lo menos sus tenientes, dándose gran importancia á su guarnición, siempre escogida y bien atendida, como ya se ha hecho notar en el reinado de Enrique III. El feudo era por cierto tiempo, ó por toda la vida, á veces, cuando se trataba de premiar servicios extraordinarios, con facultad de transmitirlo á sus sucesores; mas como esto daba lugar á graves inconvenientes, dispuso Fernando V por una real cédula, expedida en Madrid á 26 de abril de 1483, que para ocupar el puesto de alcaide de *Castillo ó Fortaleza* se hubieran de tener por lo menos diez y siete años. Posteriormente se introdujeron algunas variaciones en el servicio, atribuciones y deberes de los mencionados funcionarios, más en armonía con los adelantos de los tiempos, pero conservando todas sus grandes prerrogativas, y por lo tanto no cesaron los abusos y disgustos de que hemos hecho mérito.

El alcaide del Castillo de Burgos era uno de los que mayores honores disfrutaban, y la ciudad promovió repetidas quejas ante el trono, obteniendo reparación y justicia, según se desprende de una ejecutoria litigada en contradictorio juicio entre el concejo y Andrés de Rivera por excederse en los derechos de *Castillería*, que le fueron cercenados, y no conformándose Rivera apeló á los reyes y éstos sancionaron lo propuesto por los del Consejo de SS. AA.

A la muerte de la Reina Católica, el ambicioso Felipe de Austria, bajo el pretexto de que la inteligencia de su esposa estaba obscurecida por las sombras de la locura, se apoderó del gobierno, distribuyendo á manos llenas dádivas y mercedes á sus amigos y parciales, tocándole la alcaidía perpétua del Castillo de Burgos á su privado Don Juan Manuel, señor de Belmonte y caballero del Toisón.

El 6 de septiembre de 1506 entraron en Burgos Doña Juana y Don Felipe, y el 7 asistió el último á la misa mayor de la catedral,

en la cual tomó posesión de la prebenda de canónigo con arreglo á un antiguo derecho de la Corona. Queriendo demostrar Don Juan Manuel su agradecimiento, aprovechó la venida de su señor para invitarle á un soberbio banquete celebrado en el Castillo, al que subió Felipe *el Hermoso*, acompañado de Doña Juana, que iba montada en una mula con albarda de terciopelo verde y *repostero* de brocado rojo, al lado de la cual marchaban dos nobles puestas las manos en la brida de la real cabalgadura, lo que se tenía á gran honor. Terminada la comida, en la cual se había excedido bastante Don Felipe, estuvo un rato jugando á la pelota, montó á caballo, é hizo otros ejercicios igualmente violentos, y sofocado y sudoroso apuró ávidamente un vaso de agua helada, sobreviniéndole aguda enfermedad que le condujo al sepulcro en breves días (25 de septiembre), consumido por una fiebre maligna, que eran entonces epidémicas en Castilla, á pesar de los cuidados y frenético desvarío con que la desolada reina de Castilla quiso defender de la muerte aquel cuerpo tan idolatrado.

Con el último suspiro de Felipe *el Hermoso* se acrecentaron las sombras en la inteligencia de Doña Juana que, nacida para gustar las dichas de la realeza, sólo experimentó sufrimientos y sinsabores en toda su quebrantada existencia.

A los pocos años de casada Doña Juana estuvo (7 diciembre de 1501) en el castillo de Blois, suntuosa mansión real francesa, acompañada de su marido, que, acostumbrado á la severa etiqueta austriaca, se desvaneció ante los esplendores llenos de encantadora seducción en que era ya maestra la corte francesa, y á presencia de su esposa, cuya educación y carácter tan en oposición estaban con aquellas costumbres frívolas y desenvueltas, galanteó á cuantas hermosuras le aledaban por todas partes. En aquel castillo experimentó el primer desengaño el enamorado corazón de Juana de Castilla; el de Burgos, engalanado para recibir á su esposo en el apogeo de su grandeza, fué causa del eterno desfallecimiento de su espíritu.

Embalsamado el cadáver, mandó la reina vestirle con ostentoso traje de brocado y armiños, calzarle borceguíes flamencos cubiertos de pedrería, ponerle en el pecho una hermosa cruz de diamantes que en

época más feliz le regalara, y después de estar expuesto tres días en una sala del palacio del condestable para que el pueblo pudiera contemplarle, fué conducido el 29 de septiembre á la catedral, donde iban á celebrarse solemnes funerales.

Por las estrechas y tortuosas calles de la vetusta ciudad castellana vióse desfilar el fúnebre convoy rodeado del clero, que iba entonando graves salmodias, y seguido de brillante cortejo de





caballeros, regidores de la villa, pajes y escuderos de vistosos trajes, relucientes armas y bordadas dalmáticas, que formaban severo contraste con los humildes sayales de los religiosos. Cuadro triste, sombrío, de tintes melancólicos, á lo que contribuía un cielo aplomado que, por entre rotos jirones, mostraba los postreros rayos de un pálido sol de otoño.

Asegúrase que en el *Carnero* de los fundadores de la Cartuja burgalesa se guardan las entrañas de Felipe *el Hermoso*, pero no hay dato fidedigno que lo confirme y sólo se sabe que allí estuvo depositado su cadáver hasta que Doña Juana emprendió aquella lúgubre peregrinación, cuyo recuerdo ha llegado á la posteridad como el más acabado emblema de amor y celos, y que el pincel maravilloso de Pradilla ha fijado de modo inmortal en el lienzo.

El Castillo de Burgos continuó en poder de don Juan Manuel, sufriendo, así como la ciudad, la tiranía del orgulloso potentado y las amargas consecuencias

que la temprana muerte del archiduque y la locura de la reina produjeron en toda España. Allí se celebraron en los primeros días de octubre largas conferencias entre el marqués de Villena, el duque de Béjar y otros grandes, á las que asistió Andrea del Burgo, embajador del Rey de Romanos, para transmitir á ésta la determinación que tomasen los congregados, la que consistió en pedirle que enviase al príncipe don Carlos á gobernar por sí el reino en defecto de su madre, apartada por completo de los siempre enojosos negocios del Estado.

Al propio tiempo, en la morada del cardenal de Toledo, se reunían los partidarios de la regencia de don Fernando, y unos y otros fomentaban un estado de alarma é intranquilidad tal, que únicamente se calmó con la presencia en Castilla del Rey Católico.

Su primera determinación fué ordenar que se entregasen todas las fortalezas, á lo que se negó la de Burgos, custodiada á nombre de don Juan Manuel por Francisco Tamayo, á pesar de que sobre ella venía el conde Pedro de Navarro con grandes fuerzas y artillería tomada de Medina del Campo; pero al fin la prudencia aconsejó ceder en vista de la enérgica decisión del regente, *ayudada de las razones* de Navarro.

Recuperada la fortaleza, la convirtió Fernando V, por su estratégica posición, en una gran maestranza donde se fabricaba y recogía artillería, municiones y otros pertrechos, llegando á tener, según se desprende de antiguos documentos, considerable importancia, que compartió con Medina del Campo, Barcelona, Málaga y otros puntos.

E. DE OLIVER COPONS



POR ESOS TEATROS

Los conciertos Cuaresmales en el Liceo. — La orquesta Lamoureux en Novedades. — Racha de conciertos. — Invasión musical. — «La pecadora», drama en tres actos de Guimerá.

El espacio de que disponemos nos hace imposible la tarea de dar cuenta detallada de todo cuanto por esos teatros ha sucedido desde nuestra última crónica.

Con solo la reseña, por sucinta que fuera, de cada uno de los conciertos que se han celebrado durante la temporada de Cuaresma, habría suficiente materia para llenar por completo las páginas de esta revista.

Los que se han dado en el Liceo con el concurso de notabilísimos maestros extranjeros, tales como Colonne, Kunwald y Panzner, han resultado brillantísimos, habiendo asistido á ellos lo más selecto de la buena sociedad barcelonesa.

El primero fué dirigido por el Mtro. Goula, que, por circunstancias especiales, tuvo que prepararlo y ensayarlo de prisa y corriendo, lo cual impidió que los inteligentes pudiesen saborear por completo todas las bellezas de algunas obras que figuraban en el programa, como la «Sinfonía en re» de Haydn. El *clou* de ese concierto lo constituyeron los números encomendados al eminente violinista y paisano nuestro Sr. Manen, que ejecutó con sin igual maestría el «Concierto en si menor» de Nojamann y la «Introducción, Adagio y Variaciones» de Palloffen.

Los tres conciertos sucesivos estuvieron á cargo del Mtro. Colonne, que demostró en ellos las brillantes cualidades que ya en distintas ocasiones le había reconocido nuestro público, el cual se deleitó una vez más escuchando las soberbias notas de los «Maestros cantores», la «Sinfonía Pastoral», el preludio de «El Diluvio», de Saint-Saëns y otras notables obras cuya interpretación, dirigida por el eminente músico, resultó verdaderamente magistral.

Sin embargo, la circunstancia de tener el Mtro. otros compromisos que cumplir fuera de Barcelona, le impidieron dedicar á los tres conciertos que dirigió la atención debida, lo cual no fué obstáculo á que nuestro público le prodigase sus aplausos, especialmente en el concierto de despedida.

En los conciertos que siguieron á los del Mtro. Colonne, tuvimos ocasión de apreciar las brillantes cualidades del Mtro. Kunwald, uno de los que se nos han presentado con personalidad más marcada entre los que hemos tenido ocasión de oír. El dominio que tiene de la orquesta es extraordinario, como lo demostró en la dirección de obras difícilísimas.

Además de las personalidades nombradas, desfilaron también por el Liceo el eminente pianista Rosenthal y el Mtro. Panzner, quien dirigió también brillantemente tres conciertos.

Como dije al principio, los celebrados durante la temporada de Cuaresma han sido numerosísimos. Los ha habido en el Liceo, en Novedades, en el palacio de Bellas

Artes, corriendo á cargo unos del «Orfeo Catalá», otros de la «Sociedad Filarmonica», éstos de un concertista eminente, aquellos de una entidad musical de universal nombradía.

Con todo, el acontecimiento que ha sobresalido entre todos los que han tenido lugar, ha sido la visita que nos ha hecho la orquesta Lamoureux, de París, dirigida por el Mtro. Chevillard. El entusiasmo que despertó tan soberbia orquesta entre los aficionados barceloneses, fué verdaderamente extraordinario.

Tres fueron los conciertos dados en Novedades por la orquesta Lamoureux, y en cada uno de ellos figuraban obras desconocidas de nuestro público, que las saboreó con singular deleite, debido, tanto como á las cualidades de cada una de ellas, á la soberbia ejecución que alcanzaron.

La acogida que dispensó el público á la orquesta, fué en el primer concierto reservada. Las 24 ó 25 pesetas que costaban butaca y entrada fueron sin duda la causa de que muchos dejaran de saborear á sus anchas los méritos de la orquesta y de su director.

A pesar de lo cual éste recibió en la noche del segundo una ovación ruidosísima. Tanto que, mientras el público aplaudía frenéticamente, pidiendo por cuarta ó quinta vez con indescriptible entusiasmo que se presentase á la escena, dijo dirigiéndose á sus compañeros:

— *Sortez donc et vous verrez une chose que vous n'avez jamais vue.*

Según cuentan los que tuvieron ocasión de trabar relaciones con los elementos que constituyen la orquesta Lamoureux, todos ellos se han marchado sumamente agradecidos de nuestro público y haciéndose lenguas de la cultura musical de Barcelona.

La falta de espacio nos impide dar cuenta detallada de los demás acontecimientos musicales que han tenido lugar ultimamente. Creo que el lector se hará perfecto cargo de las omisiones que pueda haber en esta crónica, cuando le diga que, durante la temporada, hubo día en que se celebraron tres ó más conciertos. Puede afirmarse que hemos sufrido una verdadera invasión musical.

Todo sea para honra y gloria del arte.

Lo único importante que nos ha dado la literatura dramática, ha sido el estreno efectuado en Romea del drama de Guimerá «La pecadora».

El notable trágico catalán ha demostrado las cualidades y los defectos de siempre. Con todo, se ha visto en esta obra su laudable afán por apartarse de los moldes antiguos, para acercarse á la manera de cultivar el teatro puesta en práctica por los más renombrados autores extranjeros.

La sobriedad del primer acto y parte del segundo y el corte de ambos, recuerda, aunque vagamente, á Hauptmann, y Sundermann, en sus obras «Almas solitarias» y «Magda», de cuyos asuntos hay en «La pecadora» ciertas reminiscencias.

El movimiento en los demás teatros ha sido, más que escaso, insignificante.

UN ESPECTADOR

Único representante para la venta y suscripción de HISPANIA en Madrid: DON JOSÉ LERIN, CALLE ABADA, 22



HERMENEGILDO MIRALLES

59 · BAILÉN · 70

BARCELONA



HISPANIA. — LITERATURA Y ARTE. CRÓNICAS QUINCENALES.

PANORAMA NACIONAL, 2 tomos con 640 vistas de España y Colonias.

ATLAS GEOGRÁFICO, con 58 mapas en colores.

Á LOS TOROS. Álbum por PEREA, con 28 acuarelas.



LITOGRAFÍA

MONTADA CON TODOS LOS ADELANTOS MODERNOS



RELIEVES. Trabajos en relieve para fábricas de tabacos, etc.

ENCUADERNACIONES industriales y artísticas

JUGUETES recortados para fábricas de chocolate, etc.

IMÁGENES de todas clases.



AZULEJOS CARTÓN PIEDRA

PODEROSO ELEMENTO PARA LA DECORACIÓN INTERIOR

PÍDASE CATÁLOGO